



# Geografías de la paz y geografías pacifistas en la Guerra Fría: una diferenciación conceptual y ético-política

**Heriberto Cairo**

Universidad Complutense de Madrid  
hcairoca@cps.ucm.es

---

## Abstract

La geografía de la paz ha sido el *leitmotiv* de la geografía política desde su nacimiento en el siglo XIX. Ratzel y Mackinder proponían una visión de la paz como supresión de las posibilidades de conflicto, aunque para ello los Estados tuvieran que ejercer su dominación sobre otros. En la época de la Guerra Fría, la “geopacífica” de Griffith Taylor fue un ejemplo de una geografía de la paz que intentaba oponerse a la *Geopolitik* alemana, pero estaba atrapada en la misma lógica de guerra y estrategia de dominación imperialista. Por el contrario, el trabajo de William Bunge se puede clasificar como geografía pacifista porque intentaba alertar a la humanidad de los peligros que la guerra representa para ella. De hecho, Bunge consideraba a la geografía como “la Reina de las ciencias de la paz”, por su capacidad para mostrar el peligro de “especicidio” que sufrimos a causa de la amenaza de guerra nuclear. Desde Kropotkin y Reclus, los geógrafos pacifistas han sido capaces de resistir la asociación de la disciplina con el imperialismo y la guerra. Este ensayo propone examinar las geografías de la paz y las geografías pacifistas con las lentes de la filosofía de la liberación de Enrique Dussel, para mostrar que éstas no son sólo diferentes en términos teóricos sino también ético-políticos. Reflexionar hoy sobre estas diferencias es de suma relevancia porque las guerras se han transformado en conflictos permanentes que “desmontan” los Estados y provocan millones de muertos y refugiados entre los civiles, sin que pueda dejarse de lado el peligro de guerra nuclear entre los Estados poseedores de armas nucleares, que ahora son demasiados.

The geography of peace has been the *leitmotiv* of political geography from its inception. Ratzel and Mackinder saw peace as the suppression of all possibilities of conflict, even if it meant that some states had to exercise their power over others. During the Cold War, the so-called “geopacifics” of Griffith Taylor, was an example of a geography of peace that tried to counteract the German *Geopolitik*; however, it also relied on the same logic of war and imperialist domination. Instead, the work of William Bunge

can be classified as pacifist geography, because he tried to alert humankind of the dangers of war. In fact, Bunge considered geography as “the Queen of the sciences of peace”, because of its potential to show the risks of “specicide” born out the threat of nuclear war. From Kropotkin and Reclus, pacifist geographers have resisted the association of the discipline with imperialism and war. Examining the geographies of peace and the pacifist geographies through the lens of the philosophy of liberation of Enrique Dussel throws light on these concepts and ideas, showing that geographies of peace and pacifist geographies are not only theoretically different, but also carry distinct ethical and political implications. Thinking about these differences is vital now that wars have become permanent conflicts that undermine nation-states, causing death and exile among civilian populations under the ever-lasting threat of a nuclear war.

### Keywords

Geography of peace; pacifist geography; Griffith Taylor; William Bunge; Enrique Dussel

---

Geography (...) must teach us, from our early childhood, that we are all brethren whatever our nationality. In our time of wars, of national self-conceit, of national jealousies and hatreds ably nourished by people who pursue their own egotistic, personal, or class interests, geography must be —in so far as the school can do anything to counterbalance hostile influences— a means of dissipating these prejudices and of creating other feelings more worthy of humanity (Kropotkin, 1885).

### Introducción

Cuando se menciona el término guerra, casi de inmediato surge en nuestra mente de forma asociada su antónimo paz, y esa parece ser una pauta muy usual entre los seres humanos o, al menos, eso podría desprenderse de su utilización habitual en la actualidad para justificar todo tipo de estrategias políticas, incluyendo las que a muchos nos parecen que están en los antípodas de la paz. En cualquier caso, no todos llenamos de significado este término de la misma manera. En los años 1960 Johan Galtung (1969: 183) realizó una distinción magistral entre una situación de paz, entendida como aquella en la que no existía una guerra declarada, y un concepto ampliado de paz que la considerase como “ausencia de violencia personal y ausencia de violencia estructural”. “Nos referiremos a ellas como paz negativa y paz positiva, respectivamente”, decía el autor, creador de un campo específico de investigación interdisciplinar: la investigación para la paz. La “paz positiva” implica algo más que la mera ausencia de cualquier tipo de violencia; en la medida en que el concepto “emergió construido en torno a ideas tales como ‘armonía’, ‘cooperación’ e ‘integración’” (Galtung, 1985: 145), se refería también a las acciones necesarias para producir las condiciones en las que se pudiera construir la paz.

Los Acuerdos de Paz entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) suscritos en 2016 tras los diálogos de La Habana incorporan una perspectiva de paz positiva en el sentido galtungniano. En buena parte de su articulado, y en los puntos negociados (además de su verificación e implementación) existe un fuerte componente territorial y municipal en favor de las regiones más golpeadas por la violencia. Es lo que se ha conocido como “paz territorial” (Cairo *et al.*, 2018; Cairo y Ríos, 2019). Pero el resultado negativo del referéndum celebrado el 2 de octubre de 2016 sobre los Acuerdos y, en particular, las narrativas de los que abogaban por rechazarlo han vuelto a poner de actualidad la cuestión: “[El Acuerdo de Paz] es una amenaza política y es en últimas la entrega de parte del territorio nacional. Y por supuesto que no se van a reducir los niveles

de violencia”, decía Alejandro Ordóñez<sup>1</sup>, exprocurador general de la República colombiana, referente del discurso más crítico a los Acuerdos de Paz. La paz positiva era vista como una derrota del Estado y una victoria de la guerrilla; la única paz que se podría contemplar, según estos críticos reaccionarios, sería la paz negativa: la derrota de la guerrilla a manos del Estado.

Considerando el ejemplo anterior, reflexionar actualmente sobre las geografías de la paz, vinculadas de algún modo a la paz negativa, y las geografías pacifistas, vinculadas a la paz positiva, sigue teniendo entonces sentido, por más que sea un debate tan viejo como la propia geografía moderna, y que se extiende de la mano de las escuelas realista e idealista en relaciones internacionales. Este ensayo se centra en el orden geopolítico de la Guerra Fría, con una excursión previa al cambio de siglo —entre el XIX y el XX, cuando la geografía “científica” emergió— para intentar mostrar, a la luz de los escritos de Enrique Dussel sobre la filosofía de la liberación, los principios ético-políticos y características de estas dos geografías que entienden la paz de modos tan diferentes. La obra de Dussel es muy extensa y abarca muchos temas, pero me interesa particularmente porque, aunque como Kramsch (2010: 262) señala está orientada a “crear las posibilidades de pensar las condiciones de transformación social desde y para la periferia latinoamericana”, abre espacios para reconceptualizar y repensar otros temas más generales y contemporáneos.

Mi objetivo es mostrar que las geografías pacifistas que surgieron después de los cambios revolucionarios de 1968 desmontan la pretendida utilidad social de la guerra, mostrando sus terribles consecuencias, y lo hacen —y aquí coincido con Dussel— de la única manera posible: aproximándose al *Otro*, es decir, intentando conocer a los diversos objetos, cosas y personas que marcan la pluralidad, y siempre mediante el diálogo. Es un empeño similar al que han sugerido otras autoras también recientemente: “proyectar un horizonte para las geografías por la paz [...] abrir momentos de encuentro con las posibles dimensiones emancipatorias respecto a la centralidad de la violencia y el conflicto” (Lois, 2017: 29) de nuestras disciplinas. En esta época en la que el intervencionismo internacional liberal —las “intervenciones humanitarias” para construir naciones (Ignatieff, 2003)— ha conducido a la sucesión de prolongadas guerras orientadas a la “construcción de la paz”<sup>2</sup>, se hace necesario reflexionar sobre el alcance de esta paz construida mediante la guerra. Una geografía pacifista tiene que analizar el desarrollo de las campañas militares para construir Estados-nación pacíficos y democráticos al estilo occidental —en lo que constituye un oxímoron imposible—, que se ha constituido en la forma habitual de la guerra liberal para restaurar el orden perdido: son las “guerras policiales” (*policing wars*) para pacificar y “re-ordenar las sociedades” (*re-ordering societies*) de las que habla Holmqvist (2014: 2).

### La guerra y la paz en el surgimiento de la geografía moderna

Son muchos los hombres y mujeres de Estado, así como intelectuales, que se han aferrado a la vieja afirmación de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Esta idea contiene la afirmación de que la guerra es de algún modo el estado natural del ser humano, o, al menos, de las comunidades políticas organizadas. En el virar del siglo XIX al XX, el nacimiento de la geografía (política) moderna con Friedrich Ratzel y Halford J. Mackinder está absolutamente enmarcado en esa lógica.

<sup>1</sup> Entrevista realizada por Jerónimo Ríos y el autor el 13 de marzo de 2017 en Bogotá (Colombia).

<sup>2</sup> Según Holmqvist (2014: 32), el término fue introducido por el Secretario General de Naciones Unidas, Boutros Ghali, en 1992 para referirse a “la acción para identificar y apoyar estructuras que tiendan a fortalecer y consolidar la paz para evitar una recaída en el conflicto”. Al respecto véase también el concepto de “imperialismo humanitario” referido por Bricmont (2006).

Para Ratzel la guerra y la paz no serían más que dos momentos de la relación con el “enemigo”. Así lo afirma en su trabajo sobre el crecimiento del Estado: “Tanto en la competición pacífica como en la disputa marcial la regla dice que en el avance sobre el mismo territorio uno se debe encontrar con su enemigo” (Ratzel, 1896 [2011: 156]). Serían dos facetas “naturales” de la vida del Estado, ya que la inevitabilidad de la lucha entre los seres humanos es inmanente a sus relaciones. Pero, además, estas luchas suelen estar ordenadas en función de la evolución: los pueblos “naturales” vivirían en un casi permanente “estado de lucha”, que en los Estados más “civilizados” se vería interrumpido por períodos más o menos largos de paz (Ratzel, [1888-89]).

Mackinder (1904 [2010]) describe la historia universal como una incesante lucha entre una potencia terrestre y otra marítima. Si en la época de la expansión imperialista europea y épocas precedentes la periferia extraeuropea servía para aliviar estas tensiones, el advenimiento de la era poscolombina no habría hecho más que crear un espacio cerrado que amplifica los efectos del conflicto:

Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados (Mackinder, 1904 [2010: 303]).

Por eso era más importante para Mackinder en ese momento la supresión de la posibilidad de conflicto, que sólo se podría lograr mediante el “equilibrio de poder” (*balance of power*). Pero ese equilibrio era (y es) inevitablemente temporal; si se construyen alianzas erróneas o si se debilitan las existentes, podemos volver a caer en la guerra. Después de la Primera Guerra Mundial el mismo autor escribió acerca de la necesidad de reorganizar la Europa Oriental para lograr la “estabilidad” (Mackinder, 1919 [1996: 111 y ss.]) que previniese otra guerra, porque desconfiaba que los “idealistas” y su Liga de las Naciones pudieran impedirlo.

En definitiva, la geografía (política) moderna en sus inicios concibe la paz como un período, más o menos, largo de ausencia de guerra, que, en cualquier caso, con el tiempo se habría ido haciendo cada vez más peligrosa. La legitimación de la actividad militar del Estado estaba al orden del día. La única excepción a ese pasado militarista de la geografía fueron los geógrafos anarquistas Piotr Kropotkin y Elisée Reclus, quienes entendían la Geografía como instrumento analítico y pedagógico, revolucionario<sup>3</sup>, que era un instrumento idóneo para oponerse a las guerras, como señalaba uno de ellos en la cita al inicio de este trabajo. Aquí no voy a ocuparme extensamente en su obra, pero sí quiero resaltar los aspectos que tienen que ver con la crítica sistemática que hacen del Estado, sus fronteras y las Naciones, instrumentos de separación de los pueblos y semilla de las guerras, que son un precedente claro de las geografías pacifistas de las que me voy a ocupar más tarde.

Ninguno de estos autores publicó trabajos de carácter teórico específico sobre el tema de la guerra y la paz, aunque sí se ocuparon de estudiar algunos conflictos en particular<sup>4</sup>. Son varios los elementos de análisis sobre el conflicto que aparecen en numerosos trabajos suyos. En primer lugar, considero importante resaltar la crítica que hicieron de esa interpretación específica de la obra de Darwin que se conoce como “darwinismo social”, que conceptualizaba la guerra como una consecuencia necesaria de

---

<sup>3</sup> Esta posición no es universalmente compartida, pero es así como ellos la ven o al menos puede deducirse de sus propias palabras, como en este perfil de Reclus elaborado por Kropotkin: “El amor a la Naturaleza y al hombre libre se desenvuelve en cada página de toda su obra. Es la obra de un geógrafo, mas es además la de un profundo libertario” (Prólogo al libro de E. Reclus: La montaña, citado en Vicente Mosquete, 1983: 228).

<sup>4</sup> Es el caso de algunos trabajos de Reclus (por ejemplo, 1865; 1867) sobre guerras en América Latina.

la “lucha por la supervivencia”, ley supuestamente natural para todos los seres vivos, incluidos los seres humanos. Kropotkin (1902 [1989]) elaboró una obra capital sobre el tema como respuesta a un artículo de un conocido discípulo de Darwin, T. H. Huxley (1888), y en ella argumentaba que en la evolución de las especies la cooperación, más que el conflicto, es el factor principal. A lo largo de la obra mostraba cómo, tanto en el mundo animal como entre los humanos, la sociabilidad es una constante que permite adaptarse a las condiciones adversas mejor que “la otra corriente de autoafirmación del individuo” (Kropotkin, 1902 [1989: 283]), que también contribuye al cambio en la historia. Y esto supone que “el desarrollo progresivo y la ayuda mutua van de la mano. Y la guerra interna en el seno de una especie, por lo contrario, va acompañada “por el desarrollo regresivo”, es decir, la decadencia de la especie” (Kropotkin, 1902 [1989: 284]).

En segundo lugar, debo mencionar la labor de desmitificación del Estado-nación, sus fronteras y divisiones administrativas, como feliz “fin de la historia” hegeliano, y, como consecuencia, la denuncia del nacionalismo y de toda ciencia social centrada en el Estado. Podría parecer que esta posición ante el Estado moderno es compartida por otros. De hecho, aunque los “movimientos antisistema”<sup>5</sup> que surgieron en el siglo XIX se orientaban subjetivamente hacia la destrucción del Estado —por ejemplo, éste es uno de los ingredientes fundamentales explícitos de las teorías de anarquistas de autores como Bakunin, y también de la teoría elaborada por Marx—, para ser efectivos, éstos movimientos se enfrentaban a la necesidad en el mediano plazo de lograr el control de alguna estructura estatal. Con contadas excepciones —una de las cuales, la constituye el movimiento anarquista—, ello se resolvió frecuentemente a favor del fortalecimiento del Estado-nación, con la consiguiente exacerbación de ideologías nacionalistas que condujo a muchos movimientos antisistema a legitimarlo, incluso participando activamente en guerras interestatales que no fueron precisamente de liberación nacional, como fue el caso de los socialdemócratas europeos en la Primera Guerra Mundial.

Por el contrario, la crítica anarquista no dejó resquicios. Kropotkin argumentaba que “los Estados que se formaron en toda Europa destruían sistemáticamente las instituciones en las que hallaba expresión la tendencia de los hombres al apoyo mutuo” (Kropotkin, 1902 [1989: 225]), hecho a partir del cual se engendraba inevitablemente la guerra. Sin embargo, él creía que esta política podía contrarrestarse a través del conocimiento profundo de las clases trabajadoras, en tanto que

las pequeñas diferencias que observamos en las costumbres y comportamientos de las diferentes nacionalidades, así como las diferencias entre los caracteres nacionales que pueden verse sobre todo entre las clases medias nos hacen olvidar el inmenso parecido existente entre las clases trabajadoras de todas las nacionalidades (Kropotkin, 1885: 947).

Sin embargo, estas diferencias también alimentan el conflicto, alimentan la guerra:

No es sólo el conflicto de intereses el que hace surgir el odio: basta que las diferencias de aspecto, de talla, de color, de aptitudes sea muy marcada para que, espontáneamente, las enemistades surjan. [...] Hombres negros, rojos, amarillos, morenos y blancos entrechocan voluntariamente movidos por la imaginación natural de pertenecer a otras razas, puede que a otras humanidades (Reclus, 1905-1908: t. I, 148-149).

Estos geógrafos fueron contundentes en sus conclusiones sobre la Nación, el Estado y sus atributos. Así, Kropotkin (1885: 947) señalaba que “las fronteras políticas son reliquias de un bárbaro pasado”; y Reclus (1905-1908 [1975: t. VII, 17]) rechazaba de plano la existencia de cualquier “verdad”

---

<sup>5</sup> Por “movimientos antisistema” (*antisystemic movements*) me refiero a aquellos que “su objetivo general —la igualdad humana— era por definición incompatible con el funcionamiento de la economía-mundo capitalista” (Wallerstein, 1984: 21). Aquí se incluye especialmente al movimiento obrero que se va a organizar en su forma revolucionaria en el siglo XIX.

en el nacionalismo: “Las patrias, tal como cada hombre de Estado tiene el deber de levantar sobre las demás naciones, sólo dan lugar a razonamientos falsos y a complicaciones funestas”. Por último, no puedo dejar de mencionar la concepción que tenían estos geógrafos sobre la utilización, en el marco de una enseñanza no dogmática, de la Geografía como instrumento pedagógico orientado hacia la superación de las guerras entre los seres humanos, objetivo revolucionario que permitiría, a su juicio, que continuase el progreso de la humanidad.

### La clausewitziana geografía de la paz

Desde el comienzo del orden geopolítico de la Guerra Fría comenzaron a desarrollarse las así llamadas “geografías de la paz” a partir de los presupuestos “realistas” que ya Ratzel y Mackinder proponían en los inicios de la geografía (política) moderna, y que aquí se han revisado brevemente. De forma específica, aquí me ocuparé de textos de dos autores que tempranamente abogan por instrumentar la guerra para garantizar la paz. En primer lugar, es necesario traer a colación a un autor que está en los prolegómenos de ese orden geopolítico: Nicholas J. Spykman. En su libro póstumo, *The Geography of the Peace* (1944) señalaba tres “camino alternativos a la paz”: uno, el que defenderían los partidarios de prescindir por completo de “la política de poder en las relaciones internacionales y confiar en la cooperación y contención mutua”. Otro, del que serían partidarios los que entienden que para mantener el orden internacional es necesaria la fuerza y “abogan porque el monopolio de la fuerza de la comunidad mundial sea otorgado a un superestado”. Y finalmente, el de los que piensan que domina la política de poder en las relaciones internacionales, pero “rechazan la fantasía de los proponentes de un Estado mundial” y desean que se ponga en marcha “un sistema de seguridad colectiva [...] [que] proporcionará la fuerza necesaria para garantizar la seguridad de los Estados individuales frente a la agresión” (Spykman, 1944: 4). Spykman aboga por el tercero, dado que piensa que no existiría nada parecido a una comunidad mundial y ni siquiera los Estados existentes compartirían valores y percepciones. Este camino es el que condujo a la paz “caliente” (P. J. Taylor, 1991) de la Guerra Fría, una situación en la que no se producía una guerra abierta entre las dos superpotencias contrincantes —Estados Unidos y la Unión Soviética— pero se multiplicaban las más o menos pequeñas guerras y conflictos entre ellas por intermediación. La centralidad del Estado en la explicación geográfico política clásica es tal que impide el estudio del conflicto desde una perspectiva que pueda estar más allá de los Estados, por lo que tiende a considerar como natural el conflicto entre ellos, aun cuando se pretenda explícitamente dar una orientación antibélica a la disciplina.

Otro buen ejemplo, que ilustra lo dicho, fue el intento de desarrollar lo que denominaba una “Geopacífica” (*Geopacificis*) o “Geopolítica humanizada”, llevado a cabo por Griffith Taylor (1946) tras la Segunda Guerra Mundial, y que pretendía explícitamente contrarrestar la *Geopolitik* alemana: “La palabra [Geopacífica] cierto es que es híbrida, y se ha acuñado como la antítesis de la Geopolítica” (G. Taylor, 1953: 606). Pero, como algunos autores ya han señalado, “cayó exactamente en la misma trampa” (P. J. Taylor, 1991: 90), formulando soluciones a las situaciones de conflicto que implicaban ejercicios de dominio imperial similares a los que realizaba la *Geopolitik*. Las razones de que no prosperase esta propuesta teórica se deben, cuando menos en parte, a su “realismo político”, que se manifestaba claramente en un compromiso decidido con el orden existente:

La Geopacífica tiene poco en común con las ideas pacifistas. En tanto que tengamos ladrones debemos de tener policía (...) Mi panacea para la tensión del mundo es la puesta en práctica de la Carta Atlántica, en el frente internacional (G. Taylor, 1953: 607).

*Si vis pacem para bellum* (Si quieres la paz prepara la guerra) es la consigna general de estos autores, y garantizar la seguridad internacional a través de alianzas —fundamentalmente militares— se convierte a sus ojos en la única forma de asegurar la paz que reivindican.

## La geografía “pacifista”

Sin embargo, hay otra geografía que también intenta asegurar la paz, pero lo hace de otra manera, precisamente a partir de la denuncia de las premisas de la geografía de la paz. Aquí igualmente exploro su formulación en la época de la Guerra Fría. Los años más duros de represión intelectual y homogeneización ideológica ejercida desde los Estados —desde su inicio y hasta la *détente* entre las dos superpotencias en los años 1960 y principios de los 1970, que finalizarían cuando comenzara un nuevo período de intensa competición militar que Dalby (1990) denomina la segunda Guerra Fría—, dejaron paso a una rebelión abierta contra el *establishment* en todos los campos de la ciencia y de la cultura. Como lo he señalado, creo que hay que interpretar estos sucesos en el contexto de la crisis del sistema-mundial de 1968 (Wallerstein, 1991). No obstante, en algunas disciplinas, como es el caso de la Geografía, este proceso se desarrolló muy lentamente y tuvo unos inicios muy minoritarios. Por ello, la concepción de la “Geografía como Reina de las Ciencias de la Paz” por la que abogó William Bunge (1988: 189-194) supuso un oasis en un “desierto” académico militarista o ilusamente neutral. Su obra, tal y como la sintetizó en su *Atlas de la Guerra Nuclear* (1988), es paradigmática de la Geografía a la que me refiero con el adjetivo de pacifista, cuyo principal objetivo es alertar a la especie humana del peligro de desaparición —“especiecidio”, en palabras de Bunge— como consecuencia de la guerra nuclear, amenaza bien real que hoy, no obstante las profundas transformaciones en el sistema-mundial, no ha desaparecido del todo. De hecho, y a manera de ejemplo, el actual presidente del Gobierno norteamericano Donald Trump, tras la aprobación de la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de 2017, y después de criticar a las pasadas presidencias desde el final de la Guerra Fría por haber abrazado el desarme nuclear mientras que el resto de los países modernizaba y aumentaba su arsenal, afirmaba que: “el armamento nuclear ha tenido un propósito vital en la Estrategia de Seguridad Nacional Nuclear de los Estados Unidos [de América] durante los pasados 70 años [...] Aunque las estrategias de disuasión nuclear no pueden prevenir todos los conflictos, son esenciales para prevenir ataques nucleares, ataques estratégicos no nucleares y agresiones convencionales a gran escala” (White House, 2017: 30). Este giro radical en la política nuclear de su Gobierno es más preocupante porque justifica el derecho abierto al uso de armamento nuclear en cualquier caso y no solamente en caso de un ataque nuclear previo —la manoseada “represalia” (*retaliation*) durante la Guerra Fría—.

Bunge considera que la Geografía es idónea para la realización de la paz. Para sustentar esta posición, expone cinco argumentos: 1) la utilidad de la Geografía para la guerra le permite mostrar adecuadamente los problemas que la misma acarrea a los humanos; 2) la geografía puede facilitar remedios específicos contra la guerra, disminuyendo cuando menos los niveles de violencia; 3) es pedagógicamente más clara y adecuada que otras disciplinas, porque se ocupa de hechos que todos podemos ver; 4) la Geografía es la única “ciencia integradora” que se ocupa de todas las fuerzas principales implicadas en el hecho bélico (la naturaleza, el hombre y las máquinas), y 5) las estrechas relaciones entre Geografía y Astronomía en su nacimiento pueden ser revividas en la actualidad para formular una ciencia de “los espacios ocupados por la humanidad”, más adecuada a nuestra época.

Bunge pagó un alto precio, tanto profesional como personal, por sus posiciones y se ha convertido, con un cierto paralelismo con Reclus, en uno de los geógrafos más perseguidos de la historia debido a sus compromisos políticos: Reclus participó en la Comuna de París de 1871<sup>6</sup>, y Bunge en los

---

<sup>6</sup> Reclus es hecho prisionero por los realistas y tras pasar un tiempo en prisión es condenado al destierro.

seis días de insurrección durante el verano de 1967 en Fitzgerald, el suburbio de mayoría negra donde vivía, en Detroit<sup>7</sup>.

En aquellos años, rodeaban a Bunge un grupo de activistas geógrafos pacifistas, entre los que destaca Clark Akatiff, que por aquellos años publicó un pequeño texto sobre la marcha pacifista contra el Pentágono de octubre de 1967 (Akatiff, 1974), y Gwendolyn Warren, estudiante en la Wayne State University que participó en las “expediciones geográficas” a Detroit organizadas por Bunge (1971).

Además de las de Bunge y allegados, durante la Guerra Fría se realizaron numerosas investigaciones, no todas ellas de carácter estrictamente geográfico, sobre las consecuencias de un conflicto nuclear. Entre los trabajos específicamente geográficos, es obligado mencionar el de Openshaw, Steadman y Greene (1983) sobre los efectos potenciales de una guerra nuclear sobre la población civil en Gran Bretaña. Los autores, tras una descripción de los objetivos militares o civiles más probables en caso de un ataque nuclear, establecen una serie de posibles pautas de ataque y, mediante modelos computarizados, muestran los efectos del calor, la onda expansiva y la radiación provocados por las explosiones, medidos en residentes muertos o heridos en las áreas afectadas, así como la destrucción de edificios y otras construcciones. En un estudio posterior, a partir de los datos de sus trabajos, concluyen drásticamente: “Para el Reino Unido, la guerra nuclear significa un suicidio nacional” (Openshaw y Steadman, 1985: 123).

Un buen número de estudios se restringen o bien espacialmente, como el que acabamos de mencionar, o bien temáticamente, como el de Diacon (1983), acerca de los efectos de un ataque nuclear sobre las viviendas, las necesidades de alojamiento protegido adecuado y las previsiones sobre la posterior reconstrucción. Pero también hay estudios de carácter global, entre los que quizás los más conocidos y de mayor relevancia sean los que se han realizado sobre la hipótesis de un enfriamiento global del clima, conocido como “invierno nuclear”, que se produciría tras un conflicto atómico debido a la enorme cantidad de humo y polvo que sería lanzada a la atmósfera (Ehrlich, 1984; Elsom, 1985).

Los autores de este tipo de obras tienen, básicamente, dos objetivos, uno de carácter intelectual y otro político: en primer término, informar clara y sinceramente a la opinión pública de los peligros que implica la posible utilización del armamento nuclear, y, en segundo lugar, contrastar eficazmente las previsiones de los gobiernos, que tienden a subestimar la importancia de un conflicto nuclear. Para comprender y calibrar mejor su esfuerzo, deberíamos tener en cuenta que, tal y como señala Cutter (1988), no es nada sencillo alcanzar estos objetivos.

Quizá uno de los principales factores de dificultad sea precisamente el carácter perturbador y contundente de las conclusiones a las que unánimemente llegan las investigaciones. Valgan como botón de muestra, las de Diacon en el estudio antes mencionado: “La guerra nuclear nunca debe llegar a ser una opción creíble, y debe entenderse que nada, mucho menos nuestros hogares, proporcionaría ninguna protección contra ella” (1983: 126).

La guerra nuclear no es el único objetivo de la denuncia de la geografía pacifista; también se estudian las consecuencias de guerras de carácter convencional, por ejemplo, el trabajo del propio Bunge (1988: xviii-xix) sobre los niños muertos en la guerra del Vietnam a causa de los bombardeos norteamericanos. Pero el trabajo pionero fue el de Yves Lacoste (1976 [2015]) sobre el bombardeo de los diques del Río Rojo, que, independientemente del desarrollo posterior de su pensamiento y de la

---

<sup>7</sup> Bunge después de los sucesos de Fitzgerald llegó a encontrar numerosos problemas para poder trabajar en instituciones académicas oficiales —en 1968, el “Comité Antisubversivo” del Senado de los Estados Unidos le prohibió incluso hablar en los campus universitarios— y tomó finalmente el camino del exilio voluntario en Canadá, debido a sus azarosas relaciones con la policía de su país natal. Una pequeña autobiografía está incluida en *Nuclear War Atlas* (1988: ix-xxviii).



llamada escuela geopolítica francesa, de algún modo abrió una nueva vía de investigación, y marcó también una ruptura con el pasado de la disciplina, ya que mostraba cómo la destrucción causada en aquella región

no es sólo la consecuencia involuntaria de la enormidad de los medios de destrucción practicados hoy, sobre un cierto número de objetivos, por la guerra tecnológica e industrial. Son también el resultado de una estrategia deliberada y minuciosa cuyos diferentes elementos son científicamente coordinados en el tiempo y en el espacio (Lacoste, 1976 [1977: 100]).

En efecto, la geografía pacifista no sólo es relevante por su denuncia de la guerra nuclear u otras guerras, sino que también es muy importante tener en consideración su papel en la “desmilitarización” de la disciplina. A pesar del pasado “sangriento y comprometido” de la misma — y la escasa preocupación y silencio de los geógrafos por ese hecho, que denunciaba Wisner (1986)—, en los años 1980 y 1990 comenzaron a sucederse los análisis geográficos sobre la guerra y la paz, de entre los que sobresalen las compilaciones de Pepper y Jenkins (1985), o de Kliot y Waterman (1991), así como los trabajos de O’Loughlin con Heske (1991) y O’Loughlin con Van der Wusten (1993), que sistematizan lo sucedido en la disciplina. En este siglo, Flint (2005) hace también una recopilación importante. Una revisión minuciosa del tema, con una bibliografía pormenorizada, se puede encontrar también en Mamadouh (2005).

Existen pues indicios contundentes de que la propia disciplina geográfica ha intentado alejarse del militarismo y el imperialismo, aunque todavía sea necesario hacer llamamientos para desarrollar una “geopolítica de la paz” (Megoran, 2010). El proceso, en palabras de Bunge (1988: 193), se desarrolló así: “Intentando alcanzar la paz nuclear, resolvemos un buen número de pequeñas guerras en el seno de la diminuta Geografía, quizás indicando la naturaleza pacífica del trabajo mismo”. Recientemente inclusive se ha producido un “giro espacial” (*spatial-turn*) en los llamados Estudios sobre Paz y Conflictos (Björkdahl y Kappler, 2017). Se trata pues de entender que la paz (y la guerra) están espacialmente constituidas y no se pueden entender al margen de los lugares en los que se desarrollan, y de las prácticas espaciales globales, más o menos rígidas o estructuradas, en las que se inscriben.

### **Moral y ética de las geografías de la paz y de las geografías pacifistas**

Las geografías de la paz y las geografías pacifistas podrían presentarse como las versiones “malvada” y “bondadosa” del mismo tópico, la conservadora y la progresista, sin embargo con ello se estaría lejos de entender la cuestión. ¿Malos y buenos en función de qué o de quién? ¿Conservadores de qué, progresistas para qué? A continuación voy a intentar ir un poco más allá en la explicación a partir de los escritos de Enrique Dussel sobre la filosofía de la liberación, en los que intenta mostrar la imposibilidad de los universalismos, la necesidad de hacer una aproximación “pluriversal” a la política, y hace una fundamental distinción entre moral y ética.

#### ***La proxemia frente a las ontologías universales***

Dussel intenta entender los elementos fundamentales del pensamiento político occidental, que, evidentemente es una expansión del europeo:

*Homo homini lupus* es la definición real, es decir política, del *ego cogito* y de la filosofía europea moderna y contemporánea. Es la expresión ontológica de la ideología de la clase burguesa, triunfante en la revolución inglesa, y que dominará el mundo del modo de producción capitalista (Dussel, 1996: 20).

Es a partir de esa constatación que Dussel intenta desmontar esa filosofía dominante y construir una filosofía de la liberación. Comienza su argumentación a partir de la “proxemia”, es decir, de la

aproximación a los *Otros* en la fraternidad, y de la aproximación a la justicia que puede permitirnos ver libertades distintas a las nuestras. La proxemia implica un intento de conocer a los entes, los objetos, las cosas, las personas que marcan la pluralidad, frente a la totalidad del mundo que marca la unidad. Es lo proxémico frente a lo ontológico. En este sentido, las geografías de la paz coinciden con el pensamiento dominante occidental sobre la inevitabilidad de que las relaciones entre los Estados sean relaciones de fuerza<sup>8</sup>, mientras que las geografías pacifistas cuestionarían críticamente esa idea. A este respecto, desde una perspectiva dusseliana se puede concebir la distinción entre la geografía de la paz y la geografía pacifista como una diferenciación de posiciones filosóficas respecto al reconocimiento pleno del *Otro*; en sus propias palabras, respecto a “saber pensar el mundo desde la exterioridad alterativa del otro” (Dussel, 1996: 65).

Este pensar el mundo desde la alteridad sólo se puede alcanzar mediante el diálogo. Pero el diálogo por el que aboga Dussel no es el diálogo multicultural liberal, que se fundamenta en la imposición de una estructura cultural (occidental eurocéntrica) en nombre de elementos puramente formales que se presentan como necesarios para la convivencia. Como señala el mismo autor, incluso esta ilusión de “diálogo simétrico del multiculturalismo [ha sido sustituida en los últimos años por] la supresión simple y llana de todo diálogo y a la imposición por la fuerza de la tecnología militar de la propia cultura occidental” (Dussel, 2006: 44). El diálogo por el que aboga para reconocer la alteridad es un diálogo transcultural:

La afirmación y el desarrollo de la alteridad cultural de los pueblos postcoloniales debería desarrollar no un estilo cultural que tendiera a una unidad indiferenciada y vacía, sino a un pluriverso (con muchas universalidades: europea, islámica, vedanta, taoísta, latinoamericana, etcétera) multicultural en diálogo crítico intercultural (Dussel, 2006: 59).

### ***Conciencia moral y conciencia ética***

La distinción dusseliana entre moral y ética puede también arrojar luz sobre la cuestión. Desde esta perspectiva, la geografía de la paz sería resultado de una “conciencia moral”, mientras que la geografía pacifista resultaría de una “conciencia ética”. La conciencia moral es “la aplicación a una decisión concreta de los principios vigentes del sistema” (Dussel, 1996: 76). Por el contrario, la conciencia ética es

la capacidad que se tiene de escuchar la voz del otro, palabra transontológica que irrumpe desde más allá del sistema vigente. Puede que la protesta justa del otro ponga en cuestión los principios morales del sistema. Sólo quien tiene conciencia ética puede aceptar la puesta en cuestión a partir del criterio absoluto: el otro como otro en la justicia (Dussel, 1996: 77).

De este modo Dussel cuestiona la unidad de la ética y la pluralidad de las morales planteada por Hegel, a partir de una ontología de la Totalidad: “De manera que la resolución de la particularidad de las morales de los diversos pueblos alcanza el nivel de una ética universal en la fetichización de la moral del pueblo dominador del mundo de cada época histórica” (Dussel, 1981: 517). Por otro lado, la alteridad constitutiva de la geografía pacifista puede sustituirse por la “enemistad”, por una alteridad que entraña peligro y que es el fundamento de la geografía de la paz. En otras palabras, el *Otro* desposeído de su inviolabilidad fraternal se convierte en un “enemigo” que se puede —y se debe, si constituye un peligro absoluto— matar. Para ello las personas deben ser degradadas de su dignidad humana y convertidas en

---

<sup>8</sup> Hay muchos textos que describen esta tendencia de la teoría política occidental, pero el texto de R. B. J. Walker (1993) sobre las diferencias de las relaciones en el interior y en el exterior de la comunidad política me sigue pareciendo una referencia imprescindible.

poco menos que cosas o instrumentos; sus rostros se convierten en máscaras: “La máscara ya no es rostro; ya no interpela; es un mueble más del entorno. Se pasa junto al otro y simplemente se dice: ‘¡un obrero!’, o: ‘¡un indígena!’, o: ‘¡un negro!’, o: ‘¡un pakistaní desnutrido!’” (Dussel, 1996: 72).

La práctica de la liberación, según Dussel (1981), implica tener en cuenta los mecanismos y principios de la moral dominante y el deber ético de desarticularlos. Esa es la lógica de la geografía pacifista. Pero precisamente ese conocimiento profundo de los mecanismos de la moral dominante es el que nos permite entender que los ejecutores de la misma, los que proclaman los caminos más adecuados para la geografía de la paz no son monstruos, sino que simplemente se ajustan a la moral y los principios dominantes.

### ***De la fraternidad a la solidaridad***

En otro interesante texto, Dussel (2007) reflexiona sobre la obra de Jacques Derrida *Políticas de la amistad*, en la que el francés deconstruye el concepto de fraternidad en diálogo principalmente con Nietzsche y Carl Schmitt. Dussel muestra que la fraternidad es también fundamento de una “pretensión de justicia”, ya que la voluntad (la pulsión, el deseo, la amistad) es constitutiva de la justicia. El autor incluso va más allá de las nociones de tolerancia y la fraternidad, y se adentra en el concepto de solidaridad:

La indiferencia negativa de la tolerancia es inapropiada como actitud ante la víctima que sufre los efectos negativos del sistema. Es en este sentido que la solidaridad con las víctimas está más allá de la Ilustración y la Modernidad; pero aún está más allá de la posición de los postmodernos, porque la solidaridad no puede ser meramente fragmentaria, débil, escéptica, esteticista. La solidaridad es universal, en referencia a todas las Diferencias (a la alteridad de la mujer violada, de las razas discriminadas, las clases explotadas, los países periféricos poscoloniales oprimidos, la tercera edad excluidas en los asilos, las generaciones futuras que recibirán una tierra exterminada...) (Dussel, 2010: 7).

En este sentido, habría que distinguir varios tipos de enemigos: los internos, “el enemigo en el sistema puede ser un competidor en el mercado, un partido político opositor e incluso un enemigo extranjero en la guerra, [y los que son] enemigos radicales del sistema en una exterioridad alterativa” (Dussel, 2007: 84). Los primeros, los enemigos internos, reafirmarían el sistema; mientras que los segundos, los enemigos absolutamente *Otros* son los que pueden hacer trizas el sistema. Por ejemplo, bajo esta concepción, se entiende como solidaridad la de Bartolomé de las Casas con los indígenas al “reconocer el deber de los indígenas de efectuar una ‘guerra’ en defensa de sus tradiciones contra los cristianos europeos” (Dussel, 2010: 6); o la del cura Hidalgo en México, cuando al levantar un ejército de indígenas y desposeídos para acabar con el dominio colonial se convierte en un “loco” sin sentido para sus compatriotas criollos y es perseguido y condenado a muerte por sus viejos amigos, los obispos y las autoridades del virreinato (Dussel, 2007: 87).

De esta forma, Dussel está criticando los fundamentos ideológicos de la modernidad, pero también las críticas débiles de la postmodernidad, que abogan por la fraternidad y la tolerancia. Parafraseándolo, la solidaridad sería uno de los fundamentos de una geopolítica pacifista transmoderna, crítica y de liberación.

### **Para terminar**

En este ensayo me he referido al ‘estadocentrismo’ para explicar las difíciles relaciones de la Geografía Política en el momento de su nacimiento con buena parte del pensamiento crítico a finales del siglo XIX y principios del XX. En este sentido, es ya un lugar común señalar que el marxismo, que en el ámbito del conocimiento científico se reconocía ya como una metateoría esencialmente crítica, había

ignorado, generalmente, la dimensión espacial de las relaciones económicas, sociales y políticas, debido a lo cual no existieron originalmente reflexiones marxistas de carácter geográfico-político. Pero la ignorancia fue mutua, la Geografía Política tampoco se interesó por el marxismo. Y posiblemente la posición con respecto al Estado tuvo mucho que ver en ello, ya que, como señala Raffestin: “tras la muerte de Marx, en 1883, la historia del pensamiento dispone de una teoría de la destrucción del Estado, mientras que catorce años más tarde, en 1897, Ratzel basa la Geografía Política moderna sobre el concepto de Estado. Desde entonces, el acercamiento de la Geografía Política al marxismo suscita innumerables interrogantes” (1986: 279).

Aunque éste no es el lugar para entrar en dicha polémica, hay que reconocer que en la actualidad un buen número de geógrafos han desarrollado su trabajo partiendo de diversos puntos del pensamiento de Marx, y que, de hecho la geografía de inspiración marxista se ha establecido como la geografía crítica dominante desde el último cuarto del siglo XX<sup>9</sup>. Lo importante, ahora, es subrayar que, en cambio, en otras corrientes de pensamiento y acción política críticas, especialmente en el anarquismo y otras expresiones del pensamiento libertario, sí se desarrolló la reflexión geográfico-política, de la que tenemos como muestra excelente la realizada por Reclus y Kropotkin.

Sin embargo, esta reflexión fue y —lo que es más preocupante— es ignorada, en buena medida, porque la obra intelectual de los geógrafos anarquistas se produjo fundamentalmente al margen de la universidad y los medios académicos más convencionales. Además, esta labor estaba vinculada a un proyecto político y social de superación del orden existente que, evidentemente, la mayor parte de la comunidad geográfica —comprometida con el militarismo y el imperialismo, como hemos señalado repetidamente— no compartía.

En resumidas cuentas, con la principal excepción de las obras escritas a finales del siglo XIX y principios del XX por geógrafos anarquistas, la mayor parte de las reflexiones críticas realizadas desde una perspectiva geográfica sobre la guerra se producen después de 1968, una vez que se produjo lo que para Wallerstein (1991) fue la segunda crisis global del sistema mundial. En estas últimas podemos distinguir las explícitamente pacifistas, como las producidas por William Bunge, que intentan desmontar la pretendida utilidad social de la guerra mostrando sus consecuencias y aproximándose al *Otro*.

No han sido ajenos a esta línea pacifista organismos internacionales como la Liga de las Naciones, primero, y la UNESCO, después, que pugnaron por librar de militarismo y nacionalismo excluyente a los libros de texto de historia y geografía en los diferentes países, lo que implicaba implícitamente el reconocimiento de la importancia de la enseñanza de la geografía en el contexto de la educación para la paz (Marsden, 2000). Pero la labor más importante que hay que reconocer para entender el desarrollo de una geopolítica pacifista, es la práctica de base, las múltiples formas en que grupos de activistas hacen geopolítica en su actividad cotidiana; es lo que Koopman (2011) llama “altergeopolítica”. Ya hace tiempo Brunn (1985) dedicó un trabajo a la geografía de los movimientos pacifistas y mostraba las conexiones de sus redes, que los convertían en potentes agentes de paz.

Es importante que en la actualidad distingamos las geografías pacifistas, como las arriba mencionadas, de las geografías de la paz, porque existe una importante pugna por el discurso. El objetivo de la paz se utiliza para legitimar muchas acciones exteriores de los Estados, en particular de los más poderosos. La geopolítica cotidiana de los activistas intenta escapar a esa lógica enmascaradora. Una buena muestra fue la retirada en 2004 de la ONG Médicos sin Fronteras de Afganistán, denunciando no sólo los crímenes de los talibanes, sino a la coalición internacional liderada por Estados Unidos para una

---

<sup>9</sup> Una buena revisión muy reciente, con una recopilación bastante exhaustiva de autores, obras y perspectivas de una geografía “marxista” se encuentra en Chatterjee y Ahmed (2019).

pretendida pacificación del país: “La ayuda humanitaria es considerada como parte de la guerra contra el terrorismo”, decía uno de los portavoces de la organización (Hug, 2004).

Quizás sea conveniente hacer una última puntualización sobre las geografías pacifistas, y es que no son pasivas: buscar la paz no es incompatible con actuar a favor de ella, y no sólo de una paz negativa sino de una paz positiva, y esto requiere reevaluar las luchas (armadas, en ocasiones) de los movimientos de liberación que se producen en la periferia del sistema, que no serían contradictorios con los movimientos pacifistas del centro. Su fundamento metafísico sería

la vida humana como el ser mismo que es puesto en peligro por el armamentismo del centro y por la injusticia en la periferia. [...] Así, la Vida —en peligro en el centro por los misiles atómicos y en la periferia por el hambre y la injusticia— enfrenta la lógica del *profit* y la guerra, con los movimientos pacifistas en el centro, y en El Salvador [por ejemplo] con las armas en la mano (Dussel, 1996: 140).

“Paz” es una palabra que embellece cualquier discurso político, y difícilmente encontraremos opositores verbales a la paz, pero creo que aquí he mostrado que no significa lo mismo en boca de unos que de otros<sup>10</sup>. Megoran y Dalby (2018: 271) lo resumen bien: “La ‘paz’ es utilizada de diferentes formas por diferentes actores para diferentes fines”. Así mismo, posiblemente no haya formas universales de buena vida —en el sentido aristotélico del término, es decir, como bienestar personal, felicidad, en relación justa y equilibrada con la naturaleza y con el conjunto de los seres humanos—, y, los intentos actuales de desarrollar un bien común de la “comunidad internacional” son sospechosos de estar sesgados. Por eso debemos esforzarnos en entender de forma pluriversa el mundo, aún a riesgo de quedar prendidos en las morales particulares de nuestras formaciones sociales respectivas.

En este sentido, Bunge, un comunista durante toda su vida, al final de su libro sobre Fitzgerald entendía que para construir una sociedad libre había que volver sobre las personas individuales, sobre la realización de sus sueños, que necesariamente serán diversos:

To build a free society, individual dreams must come true. Where can one see his dreams come true? Where can one find peace of mind? When one feels very good, ‘Friday night’ good, ‘full of beer at noon on a sunny day’s picnic at nineteen with one’s love’ good, ‘your father proud of you’ good; at those moments, all your defensive radar is turned off, none of your resisting generators is turned on, and you want to sit quietly and smile with the moment (Bunge, 1971: 237).

## Agradecimientos

Este artículo fue presentado en una versión reducida como conferencia inaugural de la Conferencia Temática “Geographies for Peace - Geografías por la Paz”, organizada por la Unión Geográfica Internacional, en la ciudad de La Paz (Bolivia) en abril de 2017. Quiero agradecer a sus organizadores, Elena dell’Agnese, Juan Manuel Delgado, Javier Nuñez-Villalba y Yuri Sandoval, por la invitación, que me permitió volver a reflexionar sobre un tema que había ocupado mis primeros años de investigador, y que ahora vuelve a ser un objetivo central de mis trabajos. También a Sarah Koopman y Virginie

---

<sup>10</sup> Un ejemplo muy ilustrativo es la polisemia del concepto de “paz territorial” en el contexto del proceso de paz colombiano (Cairo *et al.*, 2018; Cairo y Ríos, 2019).

Mamadouh por animarme a convertir aquella conferencia en ensayo. Y a los/as evaluadores/as anónimos/as cuyos comentarios han permitido enriquecerlo y mejorarlo.

## References

- Akatiff, Clark. 1974. The march on the Pentagon. *Annals of the Association of American Geographers* 64, 26-33.
- Björkdahl, Annika & Stefanie Kappler. 2017. *Peacebuilding and Spatial Transformation*. Abingdom & New York: Routledge (archivo VitalBook).
- Bricmont, Jean. 2006. *L'impérialisme humanitaire, Droit humanitaire, droit d'ingérence, droit du plus fort?* Montréal: Lux Éditeur.
- Brunn, Stanley D. 1985. The geography of peace movements. En D. Pepper y A. Jenkins (eds.), *The Geography of Peace and War*. Oxford: Basil Blackwell, 178-191.
- Bunge, William. 1971. *Fitzgerald: Geography of a Revolution*. Cambridge (Massachusetts): Schenkman Publishing Company.
- Bunge, William. 1988. *Nuclear War Atlas*. Oxford: Basil Blackwell.
- Cairo, Heriberto & Jerónimo Ríos. 2019. Los discursos de las élites políticas sobre la paz territorial en Colombia. *Revista Española de Ciencia Política* 50, 91-113.
- Cairo, Heriberto, Ulrich Oslender, Carlo Emilio Piazzini Suárez, et al. 2018. "Territorial Peace": The Emergence of a Concept in Colombia's Peace Negotiations. *Geopolitics* 23, 464-488.
- Chatterjee, Ipsita & Waquar Ahmed. 2019. Dialectical materialism: Marx's method in human geography? *ACME: An International Journal for Critical Geographies* 18, 364-393.
- Cutter, Susan L. 1988. Geographers and nuclear war: Why we lack influence on public policy. *Annals of the Association of American Geographers* 78, 132-143.
- Dalby, Simon. 1990. *Creating the Second Cold War: The Discourse of Politics*. London: Pinter Publishers.
- Diacon, Diane. 1984. *Residential housing and nuclear attack*. London: Croom Helm.
- Dussel, Enrique. 1981. ¿Puede legitimarse "una" ética ante la "pluralidad" histórica de las morales? *Concilium* 170, 515-525.
- Dussel, Enrique. 1996. *Filosofía de la liberación*. Bogotá: Editorial Nueva América [1ª ed. 1977].
- Dussel, Enrique. 2006. *Filosofía de la cultura y la liberación. Ensayos*. México D. F.: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Dussel, Enrique. 2007. From fraternity to solidarity: Toward a Politics of Liberation. *Journal of Social Philosophy* XXXVIII, 73-92.
- Dussel, Enrique. 2010. Deconstrucción del concepto de tolerancia. De la intolerancia a la solidaridad. En M. Giusti (ed.), *Tolerancia: El estado de la cuestión*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Peru, 513-519.
- Ehlich, Paul R., Carl Sagan, Donald Kennedy, et al. 1984. *The cold and the dark: The world after nuclear war*. London: Sidgwick and Jackson.
- Elsom, Derek. 1985. Climatological effects of a large-scale nuclear exchange: A review. En D. Pepper & A. Jenkins (eds.), *The geography of peace and war*. Oxford: Basil Blackwell, 126-147.

- Flint, Colin (ed.). 2005. *The Geography of War and Peace: From Death Camps to Diplomats*. New York: Oxford University Press.
- Galtung, Johan. 1969. Violence, peace and peace research. *Journal of Peace Research* 6, 167-191.
- Galtung, Johan. 1985. Twenty-five years of peace research: Ten challenges and some responses. *Journal of Peace Research* 22, 141-158.
- Holmqvist, Caroline. 2014. *Policing Wars: On Military Intervention in the Twenty-First Century*. London: Palgrave Macmillan.
- Hug, Alois (2004) Médicos Sin Fronteras se retira de Afganistán después de 24 años. *El País* [Puesto en línea el 29 de julio de 2004. Disponible en [https://elpais.com/diario/2004/07/29/internacional/1091052010\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2004/07/29/internacional/1091052010_850215.html). Consultado el 27 de octubre de 2019].
- Huxley, Thomas H. 1888. "The struggle for existence in human society". [*The Nineteenth Century* 23, 195-236.
- Ignatieff, Michael. 2003. *Empire Lite: Nation-building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*. London: Vintage.
- Kliot, Nurit & Stanley Waterman (eds.). 1991 *The Political Geography of Conflict and Peace*. London: Belhaven Press.
- Koopman, Sara. 2011. Alter-geopolitics: Other securities are happening. *Geoforum* 42, 274-284.
- Kramsch, Olivier T. 2010. "Dans le balón rouge?": entre el proyecto modernidad/colonialidad latinoamericano y la Europa transfronteriza realmente existente. En H. Cairo & R. Grosfoguel (eds.), *Descolonizar la modernidad, descolonizar Europa. Un diálogo Europa – América Latina*. Madrid: IEPALA Editorial, 257-274.
- Kropotkin, Pëtr. 1885. "What geography ought to be". [*The Nineteenth Century* 18, 940-956 [trad. al castellano por P. Martínez. 1989. Lo que debe ser la geografía. En M. M. Breitbart (ed.), *Anarquismo y geografía*. Barcelona: Oikos-tau, 51-75].
- Kropotkin, Pëtr. 1902. *The Mutual aid*. Boston: Extending Horizon Books. [Trad. al castellano. 1989. *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Móstoles: Ediciones Madre Tierra].
- Lacoste, Yves. 1976. Enquête sur le bombardement des digues du fleuve Rouge (Vietnam, été 1972). *Hérodote* 1, 86-117. [Trad. al castellano por I. Pérez-Villanueva. 1977. En N. Ortega Cantero (ed.), *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*. Madrid: Dédalo, 67-100. Reproducido en *Geopolítica(s). Revista de Estudios sobre Espacio y Poder* 2, 313-337].
- Lois, María. 2017. Paz y estudios de frontera. En Y. Sandoval Montes & J. Núñez Villalba (eds.), *Geografías al servicio de los procesos de paz: análisis global, reflexión y aporte desde el contexto latinoamericano*. La Paz: Instituto de Investigaciones Geográficas (IIGEO), Universidad Mayor de San Andrés, 27-36.
- Mackinder, Halford J. 1904. *The Geographical Journal* 23/4, 421-437 [Trad. al español por Marina Díaz. 2011. El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder* 1, 301-319.
- Mackinder, Halford J. 1919. *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*. Londres: Henry Holt [Reprinted in 1996 in Washington: National Defense University Press].

- Mamadouh, Virginie. 2005. Geography and War, Geographers and Peace. En C. Flint (ed.), *The Geography of War and Peace: From Death Camps to Diplomats*. Nueva York: Oxford University Press, 26-60.
- Marsden, W. E. 2000. Geography and two centuries of education for peace and international understanding. *Geography* 85, 289-302.
- Megoran, Nick. 2010. Towards a geography of peace: Pacific geopolitics and evangelical Christian Crusade apologies. *Transactions of the Institute of British Geographers* 35, 382-398.
- Megoran, Nick & Simon Dalby. 2018. Geopolitics and Peace: A Century of Change in the Discipline of Geography. *Geopolitics* 23, 251-276
- O'Loughlin, John & Henning Heske. 1991. From 'Geopolitik' to 'Géopolitique': Converting a discipline for war in a discipline for peace. En N. Kliot & S. Waterman (eds.), *The Political Geography of Conflict and Peace*. London: Belhaven Press, 37-59.
- O'Loughlin, John & Herman van der Wusten. 1993. Political geography of war and peace. En P. J. Taylor (ed.), *Political Geography of the Twentieth Century: A Global Analysis*. London: Belhaven Press, 63-113.
- Openshaw, Stan & Philip Steadman. 1985. Doomsday Revisited. En D. Pepper & A. Jenkins (eds.), *The geography of peace and war*. Oxford: Basil Blackwell, 107-125.
- Openshaw, Stan, Philip Steadman & Owen Greene. 1983. *Doomsday: Britain after nuclear attack*. Oxford: Basil Blackwell.
- Pepper, David & Alan Jenkins (eds.). 1985. *The Geography of Peace and War*. Oxford: Basil Blackwell.
- Spykman, Nicholas J. 1944. *The Geography of the Peace*. New York: Harcourt, Brace & World.
- Taylor, Griffith. 1946. *Our evolving civilisation: An introduction to geopacifics*. Toronto: University of Toronto Press.
- Taylor, Griffith. 1953. Geopolitics and Geopacifics. En G. Taylor (ed.), *Geography in the twentieth century*. London: Methuen (2ª ed.).
- Taylor, Peter J. 1991. If cold war is the problem, is hot peace the solution? En N. Kliot & S. Waterman (eds.), *The political geography of conflict and peace*. London: Belhaven Press, 78-92.
- Raffestin, Claude. 1986. Marxismo y Geografía Política. En A. García Ballesteros (coord.), *Geografía y marxismo*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Ratzel, Friedrich. 1896. Die Gesetze des räumlichen Wachstums der Staaten. *Petermanns Geographische Mitteilungen* 42, 97-107 [Trad. al español por Marina Díaz. 2011. Las leyes del crecimiento espacial de los Estados. Una contribución a la Geografía Política científica. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder* 2, 135-156].
- Ratzel, Friedrich. 1885-1888. *Völkerkunde*. Leipzig: Bibliographisches Institut, 3 vols. [Trad. al español de los dos primeros volúmenes. 1888-1889. *Las razas humanas*. Barcelona: Montaner y Simón, 2 vols].
- Reclus, Elisée. 1865. La guerre de l'Uruguay et de la République de la Plata. *Revue des Deux Mondes*, Février (Deuxième quinzaine), 968-997.
- Reclus, Elisée. 1867. La guerre du Paraguay. *Revue des Deux Mondes*, Décembre (Deuxième quinzaine), 935-965.



- Reclus, Elisée. 1905-1908. *L'Homme et la Terre*. París: Librairie Universelle (7 vols.) [Trad. al castellano. 1975. *El hombre y la Tierra*. Madrid: Doncel].
- Vicente Mosquete, María Teresa. 1983. *Eliseo Reclus: la geografía de un anarquista*. Barcelona: Los Libros de la Frontera.
- Walker, Rob B. J. 1993. *Inside/outside: International Relations as Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel. 1984. *The Politics of the World-economy: The States, the movements and the civilizations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel. 1991. *Geopolitics and Geoculture: Essays on the Changing World-System*. Cambridge: Cambridge University Press.
- White House. 2017. *National Security Strategy of the United States*. Washington, D. C.: The White House. [Disponible en <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>. Consultado el 9 de agosto de 2018].
- Wisner, Ben. 1986. Geography: War or peace studies. *Antipode* 18, 212-217.